

25 CÉNTS.

BARCELONA. 24 FEBRERO 1900

NÚM. 42

Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 24 FEBRERO 1900

NUM. 42

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS \* 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE \* PORTUGAL 60 REIS

## REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor **LADIVONSIM**

Este preparado, verdadero rey de los callicidas no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y aflige á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

**DE VENTA:** En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

ÚNICO AGENTE EN ESPAÑA:

Bailen, 85, 1.º 2.º—BARCELONA



OBRAS ILUSTRADAS Y DE GRAN LUJO \* RAMON MOLINAS, EDITOR



## CUENTOS DE TODAS PARTES

ORIGINALES  
DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un  
tomo en tela, 5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid



## EL TEMPORAL EN BARCELONA

*Febrero el loco, un día peor que otro*, dice el refrán, y hay que reconocer que, este año, se realiza al pie de la letra. Después de soplar durante un par de días un aire cálido, africano, sobrevino de pronto una corriente de aire frío que, luchando con la anterior, dió origen á una *conflagración* tremenda, como si se le hubiesen hinchado de mala manera las narices á Eolo. El huracanado viento ocasionó numerosos desperfectos caseros rompiéndose centenares de cristales volando persianas como si fueran liebres de aquél, gacelas del otro y garduñas de la de más allá. Irrespetuoso y desvergonzado hacia revolotear las faldas, llevábase los sombreros y hasta llegó á volcar la mesilla en que un pobre lechero expedía el nutritivo líquido, que se derramó sobre la acera formando un *mar blanco* en miniatura. Cegaba el polvo, y aun los rostros y cogotes se sentían acariciados más de lo que quisieran por pulverizaciones de arena y piedrecillas; los ojos se llenaban de polvo y se mascaba igual sustancia.



EN DEMANDA DE PUERTO



VISTA DEL PUERTO DESDE EL ASTILLERO

moral. Los días siguientes se han distinguido por lo variable del tiempo, contrastando con la mortal quietud en que yacen otras cosas, á pesar de la conveniencia de que variasen radicalmente.



ROMPIENTES DETRÁS DE LA ESCOLLERA DEL OESTE



PLAYA DE LA MAR VIEJA

KECK

## EL CANTO DEL CISNE

¿Conocéis la antigua historia  
de aquel gentil trovador  
á quien rindióle una reina  
el alma y el corazón?  
Yo la conozco. Escuchadla  
con deleite y con dolor,  
pues como siempre, en el mundo,  
uno va del otro en pos.

Del poeta enamorada,  
la reina, audaz, le citó,  
en secreto en noche oscura,  
en apartado rincón.  
Gozosa le abrió sus brazos,  
le proclamó su señor;  
pero aunque le dió alma y cuerpo,  
su alcurnia y nombre ocultó.

Al partir, antes del alba,  
dijo el feliz amador:  
—Señora ¿con qué pudiera  
pagar tan gran galardón?  
—Con poco,—la dama angusta,  
en acento de temor,  
replicóle.—Amadme siempre,  
y jamás sepáis quien soy.

Las citas se repitieron,  
cada vez con más pasión;  
pues aunque envuelto entre sombras,  
vivo ardía aquel amor.  
La soberana era hermosa  
y de tierno corazón,  
y duraban los placeres  
hasta aproximarse el sol.

Jamás delicias iguales  
la fantasía soñó,  
pero ¿cuándo satisfecha  
se vió la humana ambición?  
Ya al poeta no bastaba  
poseer tan dulce flor;  
quiso indagar en qué cumbre,  
y con qué nombre nació.

Una vez en un espasmo  
que vino del goce en pos,  
un rizo de sus cabellos  
astutamente cortó.  
Por él, de día, á su amada  
conoce.—¿Con que sois vos?—  
dijo. Miróle la reina,  
y la espalda le volvió.

En lóbrego calabozo,  
espera en honda adicción,

abrumado de cadenas,  
cruelmente el trovador,  
pues la reina, vengadora  
de aquella infausta pasión,  
reducir manda á cenizas  
al hombre á quien tanto amó.

Mas él, como el cisne exhala  
su más sentida canción.  
—Muero,—dice,—mas, mis versos  
vivirán al morir yo.—  
Y así fué. Que eternamente  
va su canto de dolor  
pregonando cuán mudables  
los altos favores son.

FRANCISCO COBES







ESCENAS DE CARNAVAL

Ayuntamiento de Madrid



(CUENTO DE CARNAVAL)

Todo el año era para Guillermo penoso y triste; no había sino tres días de descanso en todo el tiempo comprendido de enero á enero, domingo, lunes y martes de Carnaval. No más que tres días de regocijo y de asueto en los trescientos sesenta y cinco del año.

La víspera del domingo ya Guillermo se prevenía para los goces y las deseadas delicias, fruto de la inmensa libertad de que iba á usar hasta el miércoles de ceniza. Guillermo se disfrazaba: para sus disfraces ponía en juego su ingenio inspirado por la más bárbara y grotesca excentricidad. Cada año una barbaridad mayor. Del montón de despojos, fragmentos, trapos, huesos, cascotes de botellas, hierros viejos, del almacén, en fin, formado por todo cuanto Guillermo el trapero recogía todas las mañanas en las calles, había de sacar después como de un guardarropa el atavío y las joyas para su vestido de Carnaval.

Guillermo era un hombre que caminaba siempre con la cabeza baja, como obligado por el hábito de rebuscar en el suelo, ó como voluntariamente rendido á reconocer por su humildad lo ínfimo de su condición social. Todos cuantos él veía, así sus conocidos, sus vecinos, las gentes todas, en fin, eran infinitamente superiores á él; no se hubiera atrevido á replicar palabra alguna á nadie y hasta ponía cuidado por evitar que las gentes se rozaran con él, que iba siempre manchado, sucio y lleno del polvo de los basureros.

¡Qué días, qué días los del Carnaval!

Le era dado en ellos salir de su escondrijo, subir desde los callejones del barrio extremo hasta las anchas y espaciosas calles, y caminar con la cabeza muy alta, y bailando, y voceando, y sin temor y respeto alguno por medio del gentío popular, y aun del principal señorío así de los carruajes como de las sillas y paseos del Prado y Recoletos.

Poníase una sarta de cuernos á modo de colgajo «Toison de Oro»; como manto ó como casulla un ruedo de esparto, por delante y por detrás, un serén en la cabeza, toda la cara pintarrojeada y tiznada, y quién puede decir con qué cosas y de qué modo y bárbara extravagancia se enmascaraba aquel zanguango?

—¡Corchí! ¡Qué sepan que está uno vivo, me caso con veinticinco! El carnaval es el carnaval y la que yo me digo es que no va á estar uno siempre con la espalda *doblá*, y con humor de perro trabajando. Ahora me voy yo á pasear por donde se pasea to Madrid y la grandeza *mesma*, y á poner á todas las orejas muy *azumadas* con el tolón, tolón de mis cencerros, y con la trompeta, y con las latas. ¡Ala á divertirse!

Dijose esto una mañana cuando ya estaba abrumado por su estrambótico disfraz. Lo primero que tenía que hacer era calentarse bien la sangre, y para ello salió de su cuartucho, cerró con llave, la cual entregó á una vecina, echóse á la calle dirigiéndose primero á la taberna de Marcelino para darle un *bromazo*, y allí á fuerza de salvajadas y burradas ganarse el vino y el aplauso.

Iba provisto de grandes cencerros, arrastraba tras de sí una enorme lata de petróleo vacía, y de tiempo en tiempo hacía resonar de un modo estridente una corneta magullada y vieja.

—¡Miray! ¡Miray! por donde viene el oso. Apuesto cualquier cosa á que ése es Guillermo el trapero.

Ayuntamiento de Madrid



¡Jo...jo...jo...! Se trae toda la chiquillería de Lavapiés detrás,—exclamó Marcelino el tabernero al ver al mascarón.

Poco después en medio de un corrillo de gente brincaba y bailoteaba haciendo extravagantes contorsiones, voceando de un modo desaforado el zángano de Guillermo. De tiempo en tiempo apuraba un jarro de vino hasta que ya en principios de embriaguez creció su furia, y sintiéndose enardecido buscó más campo para su barbarie, y de calle en calle, haciendo algunas paradas en las tabernas, ya á la una de la tarde vióse en la entrada del Prado, entre el bullicio de las gentes y de las máscaras, ronco de gritar, seca la garganta é irritada por el polvo y el vino, sudando á mares y gozoso, sin embargo, por aquella libertad, merced á la cual le era dado chillar, aullar, bramar, rebuznar, patear y trisear como bestia destrabada y suelta.

¡Qué bárbaro, qué cernicalo, qué viva ofensa contra la humanidad, qué repugnante tipo de incul-tura, de estupidez y de brutalidad!, pensaban cuantos le veían, despreciándole unos, compadeciéndole otros y muchos por cruel malignidad azuzándole para que continuase realizando mayores sandeces y disparates.

Aunque muy cargado de vino no había perdido Guillermo el sentido, ni agotado su estúpida aun-que inocente alegría, ni había satisfecho como deseara su vehemente deseo de bullanga y de estrepito aturdimiento.

Quiso verse libre del tropel de pilluelos que le seguían y entró en el paseo de coches, por donde sólo á las máscaras les es permitido transitar.

¡Qué gustazo tan grande el de causar enojo y aversión á los ricos, á las dami-selas delicadas y elegantes que iban en los carruajes! Seguramente no habría entre todas aquellas damas y caballeros persona alguna que no pensase que bajo aquel sucio, grosero y extravagante disfraz de Guillermo no se ocultara un hombre de instintos bajos y de ánimo envilecido.

Aun no había llegado á la mitad del paseo de Reco-le-to, cuando acercóse á aquel mascarón un elegantísimo máscara.

Vestía un disfraz de capricho, hecho de riquísimo raso verde esmeralda adornado por escamillas de plata; lleva-ba bota de charol y guante blanco; en las manos un talis-mán de oro, una bolsita de dulces y un ramo de flores frescas: dos grandes alas de sutilísimo alambre y de finí-simo nipsis con franjas y discos de colores brillantes; cabe-llera rubia rizada; careta de tela metálica y una preciosa diadema.

Era el máscara esbelto, de porte y aire distinguido, camina-ba y se movía con exquisita seltura y elegancia.

—Oye, mascarón,—dijo parándose á respetuosa distancia del mamarracho de Guillermo.

—¿Qué me quieres tú ahora, mascarito ó mascarita?—con-tes-tó con voz aguardentosa el espartojado y desgalchacho traperero.

—Tienes razón, yo soy mascarita y tú mascarón,—contes-tó el máscara,—tú habrás salido á la calle en esa facha para hacer muchas bribonadas y barbaridades.

—Bribonadas habrás tú salido á hacerlas, tío tísico.—Y di-ciendo esto se agitó haciendo sonar sus cencerros, y á fuerza

de pujantes soplos su corneta, á la vez que acometía al mascarita, amenazando echarse encima de él.

—¡Eh, bárbaro, para, para! Vengo á proponerte que te ganes esta tarde algunas pesetas.

—¡Ju, juy, y uno á que está!—replicó el mascarón, añadiendo que como no fuera broma de Carna-val lo de las pesetas, dijéranle que había que hacer para el caso, que él lo haría.

—Toma un duro, paga adelantada. Luego que hubieres hecho lo que te ordeno, te daré otro duro y paga cumplida. Se trata de que llenes la lata de barro cenagoso y de basura, la tapes y la coloques en el centro de aquella carretela en que van aquellas tres damas vestidas de blanco. Es una venganza, se trata de una broma muy chusca que yo no puedo dar. Acércate, arrojas tu lata, echas á correr, y te confundes con la gente metiéndote en medio de la muchedumbre.

Al principio Guillermo halló, en efecto, muy chusca y corriente aquella salvajada, pero después como él no era más que un niño ignorante y retozón, á quien nadie había educado, pero en cuyo pecho no había malignidad, ni mala entraña, entendió desde luego que aquello que se le proponía era una infamia y sintió repugnancia hacia aquel mascarita tan pulido y brillante á través de cuyas elegancias y bajo cuyos lujos veíase y se guarecía un corazón de cieno, un corazón odioso y vil.



Veinte minutos después ocurrían en el Prado dos hechos singularísimos. Guillermo, el mascarón de la sarta de cuernos y cencerros que había comprado por un duro tres magníficos ramos de flores, dirigíase á la carretela de la marquesa de Mirabel, que con sus dos hijas, todas vestidas con sendos trajes blancos y elegantísimos se hallaban en el paseo, y regaló un ramo á cada una de las señoras.



Luego llenando de agua cenagosa y de barro la lata de petróleo acercóse á la mascarita mariposa y vertió sobre ella el contenido de la lata y dándole una puñada y arrojándole al suelo se dispuso á continuar maltratándole, y lo habría

hecho si la policía no acude á contener al mascarón, el cual desprendiéndose de sus ruedos y cencerros, exclamó:

—Yo no soy más que un pobre bruto, que como bruto se divierte, y este es un finotis que ni pa divertirse tiene *minja* de bondad en su *atravesao* corazón.

(Dibajos de Romero Ozezo) JOSÉ ZAHONERO

#### ESPAÑA VISTA POR LOS EXTRANJEROS



VENDEDORRES DE ESTAMPAS EN LA PUERTA DE LA CATEDRAL DE SEVILLA (Cuadro de John Phillip)

Es particular que al mirar nuestras cosas los extranjeros se fijen en su retina una porción de particularidades que no vemos los indígenas. El cuadro de Phillip es, sin duda, excelente como pintura, pero se conoce que el autor se le fué la mano en punto á la *indumentaria* de algunas figuras, que más parecen contemporáneas de Murillo que no nuestras. Phillip quiso, sin duda, prestar á su obra *color local*, pero se excedió evidentemente, como les sucede en general á los extranjeros.

# Ayuntamiento de Madrid





ENSAYANDO EL MINUÉ

Ayuntamiento de Madrid

# El Carnaval madrileño

Desde que principia el año, también principia á sonar, por las calles madrileñas, con regocijado afa, la orquesta de estudiañinas que van marchando á compás en sus nocturnos ensayos, con cierto aire marcial. Algunos de estos comparsas, de estudiantes de verdad son, pero otros tan sólo tienen el nombre po más. Y el zapatero la leña deja, allá en su portal, por la flauta; y el barbero cansado ya de afeitar, agarrando su banjurria; y el carpintero á la par soldando el formón, takingo la pandereta locura; y otros varios artesanos, que no es menester nombrar, terciando al hombro la capa, siguen su curso cabal de jotas y pasodobles, que es lo que hay que escuchar. ¡Con cuánta ansiedad se espera el alegre carnaval! En los teatros, los bailes lo suelen anticipar, caretas de todas formas, de cartón ó tafetas; trajes de varias hechuras, ya de seda ó de poreal,



FSCovisa

(Dibujo de Sánchez Covisa)

en tiendas y escaparates pronto exhibiéndose están, atrayendo á la locura, y á las pesetas que es más. Mas ¿por qué tantos afanes porque llegue el carnaval? ¡Ya llegó! Ya por el Prado, por el Retiro y demas paseos públicos cruza la gente bajo un disfraz. No hay máscara que no diga que se divierte... «la mar.» ¡Vaya un gusto! Ir con la cara como enjaulada! ¡Sudar el quillo! ¡Tirar coiffetti! ¡Saltar, gritar, berrear!... No encuentro tal diversión; sí, sólo, barbaridad. Pero la costumbre es ley; y se viste cada cual de aquello que mejor cuadra á sus gustos ó á su plan. Quien, que nunca estuvo en guerras, se ostenta de general; quien que es un gran libertino, sale con toscos sayal; la horizontal, de Beata; el pasguato, de Don Juan; de doncellita, la vieja; y así, todos los demás. Pero, yo digo, ¡peñores! para que la humanidad se disfrace ¡es necesario que se llegue al carnaval! En Madrid, siempre es perpetuo. Todos van con antifaz.

JULIO ESQUIVEL



# UNA CANA AL AIRE



1.  
—¡Oh! ¡Mi marido! ¿Cómo si lo vieras! Estará en el baile con alguna bribona. Si lo cojo allí, me lo como.



2.  
—¡Ay Dios! ¡Mi tío! ¿Qué compromiso si me conocieras!... Parece que me mira.



3.  
Por  
—Pero bailarás conmigo el vals. —Déjame en paz yo no soy lo que tú te figuras. —¡Ah! Ya sé yo que eres una señorita distinguida.



4.  
—¡Cuanto te agrdece que hayas sido condescendiente! Bajas de modo admirable. ¡Qué mona eres! ¿Cenaras conmigo?



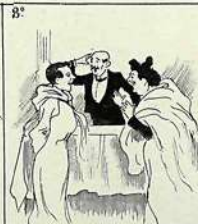
5.  
—Tú me has tomado por otra y lo siento por tí. Sufrirás un desencanto. —Quítate la careta. —¡Oh! Aquí una persona de mi rango.



6.  
—¡Ah! ¡Gracias! Aquí con una tnanuel. —¡Pero mujer! Esta señorita no es lo que tú te figuras. —¡Mi tío! ¡El trueno gordo!



7.  
—¡Valiente señorita! Yo la desenmascararé.



8.  
—¡Pícarón!... Pero ¿te has escapado de la academia? Esto te salva, marido.



9.  
—Tío: vengan 50 pesetas ó canto de plano.



CARNAVAL

Ayuntamiento de Madrid



## EL DISFRAZ



ESPUS de tres años de matrimonio, Evaristo y Juliana habían llegado al convencimiento de que toda ilusión de amor, de afecto, siquiera de estima, había desaparecido entre ellos. Pusieron el cuello bajo el yugo nupcial impulsados por la pasión más vehemente. Pero, aun no transcurrido el tiempo que suele concederse a la llamada luna de miel, época de ardores y dulzuras, ya sus labios se contrajeron de hastío, y sus corazones latieron con la más completa indiferencia.

Y decía entre sí Juliana:

—¿Y habré de estar con este hombre toda la vida?

Y murmuraba á solas Evaristo:

—¿Y tendré que vivir con esta mujer siempre?

Primera y ante, aquel estado de desacuerdo hubo de manifestarse por medio de chispazos de cólera al punto reprimida; relámpagos anunciadores de una tempestad próxima. Luego comenzó un largo período de frases punzantes, de palabras de burla, de gustos de desabrimiento, que, aunque expresados entre forzadas sonrisas, no dejaban de producir su efecto; esto es: mortificar al contrario. Y no existiendo en ninguno de ambos desavenidos cónyuges el propósito de acercar las distancias y suavizar las asperezas, el abismo que los separaba fué abriéndose y profundizándose más cada día. Llegó un momento en que su existencia fué un martirio espantoso.

Y Evaristo, no recatándose ya de su odiada esposa, decía: —¡Qué cadena tan pesada me he echado contigo!—Y Juliana, soltando la rienda á sus refrenados rencores, exclamaba:

—¡Es preferible la muerte á estar á tu lado!—Una Nochebuena, noche que aun los más desgraciados tratan de pasar en medio de las mayores alegrías, fué para ellos una noche borrascosa. Pareció que su tremenda desafección, con el regocijo general, se destacó más, tomó colores horriblemente sombríos. Por un fútil motivo, por las compras de unas golosinas, se desarrolló entre Evaristo y Juliana una escena deplorable, en que, no bastando para arrojarle el odio las palabras gordas, esas palabras que sólo pronuncia la brutalidad, se movieron las manos en actitudes violentas, muy cercanas al golpe.

Desde aquella noche, no volvieron á hablarse.

¡Y habitaban bajo un mismo techo! Se separaron en el hogar; se alojaron en habitaciones distintas; evitaron todo encuentro; transcurrieron semanas enteras sin verse. Finalmente, resignándose con su lamentable destino, fueron habituándose poco á poco á aquella extraña existencia, no dejando de experimentar, sin embargo, algún consuelo.

Pero, como el corazón humano, y, más todavía, si es el corazón joven, no puede soportar por largo tiempo la falta de algún cariño; por el cerebro de ambos cruzó la idea de solicitar fuera de aquella casa maldita lo que no encontraban en ella.

En Evaristo, la idea fué clara y neta.

—Buscaré una amada,—se dijo.

En Juliana, no fué esta idea tan resuelta y libertina.

—Haré por distraerme,—pensó.

Se acercaba el Carnaval. Los regocijados preparativos de esta fiesta de la locura fueron como un acicate á sus pensamientos. Y cada cual, por su parte, determinó vestirse de máscara, correr aventuras, reverdecer su espíritu marchito. ¿Qué traje elegirían para disfrazarse? Los dos recordaron con



tristeza que no eran libres, y que en sus actos tenía que influir forzosamente la inspección del contrario. Resolvieron, pues, desfigurarse de tal modo, que fueran completamente incognoscibles.

En uno de los teatros madrileños en que se acostumbra celebrar bailes de máscaras, en la noche del domingo de Carnaval, en el central salón, adoptado para la danza, y á hora ya avanzada de la madrugada, el gentío era inmenso. Trajes multicolores ofrecían á la vista un espectáculo variadísimo. La orquesta tocaba briosamente los baillables de su programa.

El suelo aparecía cubierto de irisados *confetti*.

De palco á palco, y formando en el espacio enmarañada red de cintas azules, rojas, verdes, amarillas, cruzábanse innumerables serpentinatas. Las parejas de máscaras bailaban, estrujándose, riendo, haciéndose el amor, lanzando por los ojos, al través de los agujeros de las caretas, llamaradas de pasión frenética. Era el momento en que la embriaguez, hija del licor abrasador, de la música voluptuosa, del contacto de los cuerpos de diferente sexo, hace hervir la sangre y exalta las cabezas. De entre todas las parejas, una se destacaba por su extraordinario «amarielamiento». A medida que bailaba, moviéndose al compás de una danza languidísima, sostenía una conversación en extremo interesante. Sin dejar de emplear el tono contrahecho de las máscaras, cada cual hacía como una confesión *del estado de sus almas*.

Y decía el caballero:

—Yo, señora, soy muy desgraciado. Me casé con una mujer á quien amaba con locura; pero, después, no sé por qué, cuando la realidad del hogar doméstico vino, y se rompió el cristal mágico, donde estaban pintadas las sonrosadas ilusiones, no encontré en aquella mujer el ideal que había soñado.

Y decía la señora:

—Está usted contando mi historia. Cosa idéntica á mí me ha pasado.

—¿De veras?

—Se lo juro.

—¿Qué extraño caso! La suerte nos ha reunido aquí esta noche, tal vez para hacernos felices.

—Yo, ya no puedo ser dichosa nunca.

—¿Por qué?

—Porque, á pesar de todo, sigo amando á mi marido.

—También usted me cuenta ahora mi propia historia. Igualmente yo continúo queriendo á mi esposa.

—Aquí he venido por distraerme.

—Y yo lo mismo.

—De suerte que...

—Podemos ser buenos amigos; podemos consolarnos en nuestras penas; podemos... ¡Quién sabe!... ¿Quiere usted que vayamos al *buffet*? La verdad es que me gusta usted muchísimo, y estimaría que se quitara usted la careta.

—Lo haré; y usted también me mostrará su cara.

Fueron al *buffet*, tomaron asiento junto á una mesa, pidieron cena, y, correspondiendo mutuamente á sus deseos, se despojaron del antifaz. Mas á esta operación, siguió un doble grito de sorpresa.

—¡Evaristo!

—¡Juliana!

Exclamaron las dos máscaras al mismo tiempo. Miráronse un momento, y soltaron una carcajada.

—Está visto,—dijo el marido,—que hemos nacido para amarnos.

—Sí,—repuso su esposa.—Pero es misterio que, como en el baile, en la vida, guardemos siempre el disfraz, esto es, la ilusión, la poesía, la envoltura brillante, la palabra acariciadora.

Y se dieron un abrazo y un beso, con poca estepefacción de los circunstantes, que ignoraban que se trataba de marido y mujer, que es como quien dice, dos seres inofensivos.



(Dibujos de Mongrell)

JOSÉ DE SILES





Delante de un juez severo  
comparecieron muy tristes,  
temerosos del castigo,  
dos solemnes galopines.

Era uno un potentado  
que con inicios ardides  
hizo su fortuna á costa  
de una porción de infelices.

El otro, por el contrario,  
era un doméstico humilde  
que hizo un pequeño caudal  
sigando maravedises.

Hipócritas redomados  
los dos lograron abrirse  
paso en el mundo, fingiendo  
una probidad sin límites.

Y después que á los incautos  
engañaron los muy viles,  
tener buena ó mala fama  
no les importó un ardite.

Enterado de sus culpas,  
el juez severo é inflexible  
los condenó á igual castigo  
por sus acciones punibles.

— Señor, exclamó el criado,  
por la Santísima Virgen  
os ruego humilde que no  
me condenéis sin oírme.

— Defiéndete, el juez le dijo,  
y el muy cuitado: ¿Es posible,  
añadió,— que siendo justo  
hagáis la sentencia firme?

Mi compañero merece  
la pena que le impusisteis,  
porque, bien visto, sus culpas  
más que culpas fueron crímenes.

Pero yo que sisé sólo  
algunos oehavos tristes  
y á fuerza de privaciones  
un pequeño caudal hice;

yo que jamás en mi vida  
robé cantidades pingües,  
pues dada mi posición  
robarlas me era imposible;

yo que me encuentro en un caso  
distinto que mi compinche,  
¿merezo la misma pena?  
¿á presidio he de seguirle?

Escuchóle el juez severo  
y le dijo:— No te eximen  
de la pena tus razones  
y es justo que te castigue.

Resistir la tentación  
es una virtud sublime  
y eterno lauro merece  
el mortal que la resiste.

¡Megas que no robastes  
grandes sumas, pero dime  
¿fue por falta de deseo?

No tal: porque no pudiste.  
— Tus razones no te salvarán,  
pues no en vano un refrán dice,  
que el que hace un cesto hace ciento  
si le proporcionan mimbres.

J. J. SAN MARTÍN Y AGUIRRE



## UN CULTO PETROLERO

Hállase la ciudad de Bakú en la costa occidental del Mar Caspio; antigua plaza fuerte de los persas, es hoy capital de un gobierno ruso. Su puerto es el mejor del gran lago; su vastísimo recinto amurallado acredita la importancia que tuviera en otros tiempos, pero todo resulta secundario ante la importancia que debe á sus yacimientos de petróleo, de luengos siglos explotados.

Al norte de Bakú se proyecta en el mar Caspio la península de Apcheron, en la cual se hallan los pozos de petróleo de Surajani y Barajani. Los del primero dan en un día tanto petróleo como todos los pozos de los Estados Unidos en igual tiempo. Allí se encuentra el famoso *Templo del Fuego Sagrado*, objeto de devotas peregrinaciones desde los más apartados confines del Asia.

Este templo no parece ser obra de los Guebros ó Parsis, sino de los hindos. Es de planta cuadrada y abierto por todos sus lados y está coronado por una cúpula también cuadrada, en la cual está atravesado un *tridente* como en los templos hindos de Siva. En el pavimento del templo



EL TEMPLO DEL FUEGO EN SURAJANI



EL ALTAR PEQUEÑO

hay una depresión, igualmente cuadrada, sobre cuya superficie es acarreado el gas por medio de una tubería. En los cuatro ángulos del templo hay otras tantas pequeñas chimeneas, y de ahí los *Cinco Fuegos*.

Ya se comprenderá el terrible olor á petróleo de que debe disfrutarse allí: el templo está construido precisamente sobre el cráter por donde se exhalan los gases de nafta que se escapan del subsuelo, y de ahí que desde remotísimos tiempos hubiese de impresionar fuertemente la imaginación de aquellas gentes el fenómeno de unas eternas llamas subterráneas.

El templo se halla dentro de un recinto formado por 22 celdas, destinadas á alojamiento de los peregrinos, y en una de ellas se *veneran* en un pequeño altar lo que llamariamos irrespetuosamente *dos mecheros*, no faltando en la capilla la indispensable campana, de origen budista, según dicen algunos. El culto al fuego es antiquísimo, y por lo mismo admira que dure todavía.

CARLOS MENDOZA



# PEPITORIA

## POLICIA URBANA

En París el Ayuntamiento ha mandado fijar unas placas en las calles rogando á los transeúntes que sirvan no escapar en la acera, al objeto de evitar la propagación de la tuberculosis, suponiendo que ésta se puede contraer respirando el polvo que se levanta y con el cual están mezclados los microbios de Kock. Otros, sin embargo, dicen que eso es filfa, que los microbios aspirados en dicha forma son inofensivos, y que para contraer la tisis basta acercarse á un tísico á uno ó dos palmos y respirar el aire que ha exhalado por el aliento.

De todas maneras es de alabar la disposición dictada por el Ayuntamiento de París.

## PERROS RATONEROS

Constituye en París un verdadero problema urbano la extraordinaria proliferación de los ratones, que ahuyentados de las cloacas y otras gazarperas por los trabajos verificados en el subsuelo con motivo de los trabajos para la Exposición invaden las habitaciones y causan mil daños en los guardarraras, despensas y corrales. Con este objeto se ha propuesto adiestrar á los canes en las luchas ratoniles, fomentando las riñas de perros con ratones y llevando á los primeros á las cloacas á ejercitarse en su caza.

Puede asegurarse que París está actualmente minado por las ratas, y de ello pueden dar las gracias en gran parte á los rusos, que al entrar allí en 1814 lo hicieron en compañía de inmensas legiones de roedores moscovitas, que seguían desde el fondo de las estepas á los ejércitos de Alejandro.

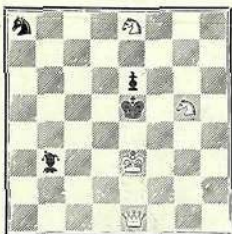
## EL LABORATORIO DE LAS CACICUBIAS

No puede negarse á los franceses tanta iniciativa como ingenio. Hasta ahora habían servido las Cacucubias, —prescindiendo de su primitivo objeto,—para conspirar y para inspirar sabrosos capítulos de novela, y aun para celebrar conciertos macabros, con banquetes no menos fenerarios, pero desde ahora van á recibir una aplicación que hace honor á la originalidad de aquellos sabios. Va á fundarse, pues, en ellos un *Laboratorio biológico*, dedicado á estudiar las transformaciones que experimentan los animales cuando tienen que vivir en plena oscuridad ó casi á oscuras, ó sea lo que se llama la fauna *cavícola*.

## Problema de ajedrez núm. 21

POR C. M.

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 4 jugadas

No deja de saberse ya bastante respecto á tan curiosa materia, pero indudablemente debemos prepararnos á saber mucho más. Sábese, por ejemplo, que cuando un animal vive muy falto de luz experimenta una hipertrofia de sus órganos visuales,

## MODAS



TRAJE NEGRO

y que cuando vive enteramente en las tinieblas desaparecen aquellos órganos, refinándose, en cambio, los del olfato y los del tacto; también se sabe que el color se modifica profundamente, haciéndose claro, pero esto no es lo suficiente, y además, ¿quién dirá lo que puede resultar de someter un animal á la vida sin luz?

Los resultados no tardarán en conocerse, pues las modificaciones ocurridas en los organismos durante la vida subterránea sobrevienen con mucha rapidez.

## FRASE HECHA



## CHARADA

Prima es vocal, si es veraz en su lección el maestro que en mi pueblo me enseñó las reglas del alfabeto; si alguien dice que uno cuatro, en verano ó en invierno, varias moscas por el rabo, decide —yo no lo creo— toda dos tres tiene un juez que decide guerra y pleitos y que, por lo común, ejerce, sino el más sabio, el más viejo. Es el todo cada cual de los poderes y medios de que disfruta el Señor que crió la tierra y el cielo.

## TARJETA

Rosa Loschern

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela en un acto.

Las soluciones en el próximo número.

## SOLUCIONES

En los pasatiempos del número anterior

Charada.—Cantero.

Jeroglífico comprimido.—Entre dos luces

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid